

In memoriam
Guillermo Porras,
hombre y cristiano en plenitud

Por el maestro Ernesto de la Torre Villar

Afirma Cicerón en las *Disputas Tusculanas* que “hay muy pocos hombres que sean tan morigerados, tan arreglados en vida y costumbres como lo pide la razón, que consideren su doctrina no como ostentación de ciencia sino como ley de vida, que se dominen a sí mismos y obedezcan sus propios dogmas”. Y añade: “Verás a algunos de tanta ligereza y jactancia, que les estaría mejor no haber aprendido nada; a otros codiciosos de dinero; a algunos de gloria; a muchos esclavos de la pasión; de tal manera que sus doctrinas pugnan en forma asombrosa con su vida, lo cual me parece muy torpe”.

Esta reflexión justa y acertada cabe aplicarla a Guillermo Porras quien supo a lo largo de su vida practicar la virtud a través del dominio de sí mismo, de la fortaleza y de una constante disciplina. Y al decir virtud me refiero no sólo a las teologales y cardinales, sino a la actitud de realizar en plenitud y totalidad en la vida, aquello que constituye nuestra auténtica vocación.



Hombre íntegro en todas sus manifestaciones fue Guillermo. En él, el estudio, la sed de conocimiento fue constante. El ejemplo de su tío, destacado abogado chihuahuense y amante de la historia, le inclinó a seguir la misma carrera. Pertenecer a un grupo social relevante no le envaneció. En él vivió y no fue ni un retraído ni un vanidoso. Ser social por excelencia, gozó de la amistad de hombres y mujeres y, en su entorno, hizo buenas y permanentes amistades. Supo de amores de estudiante y fiestas juveniles, más su deseo de superarse le llevó a perseverar en sus estudios de derecho y a ocuparse con seriedad en la investigación histórica. En la Escuela Libre de Derecho dirigida entonces por el jurista Germán Fernández del Castillo, obtuvo el título de abogado, al mismo tiempo que asistía a bibliotecas, archivos y a los cursos de la Escuela Nacional de Antropología en donde nos conocimos.

Tenía sólida preparación, inusual en los estudiantes de la época y una parsimonia rara entre los norteños, por general más bien broncos. Con un grupo de estudiantes del Colegio de México y de la Escuela Nacional de Antropología al que se se incorporó, formó parte de la Sociedad Mexicana de Historia en su sector juvenil. Nos acompañó en nuestros pinitos literarios, en nuestras crónicas musicales, y en las excursiones antropológicas guiadas por Wigberto Jiménez Moreno y Miguel Othón de Mendizabal. Comentábamos libros de historia y colaborábamos, él más que nosotros, en la revista *Divulgación Histórica* que dirigía don Alberto María Carreño. En los artículos que en ella publicó advertimos madurez expositiva, macizos conocimientos e inclinación a ocuparse de temas de su septentrión. Cuando publicó el *Diario* de Pedro de Rivera, nos encontramos ya con un historiador maduro que alternaba con Vito Alessio Robles y Fernando Ocaranza en desentrañar la historia norteña.

Habiendo el grupo del Colegio de México ingresado al Archivo, nuestra relación se estrechó. Por entonces, allá en la década de los años cuarenta, se presentó la oportunidad de obtener becas en España, de investigar en el Archivo de Indias, en Simancas y en las buenas bibliotecas que ahí existen. Dos fueron los colegas elegidos como adelanta-



dos de esas relaciones: Guillermo Porras y Ernesto Santillán Ortiz. Por destacado, supo poner en alto en nombre de México. Sus cartas nos hablaban de sus hallazgos, cursos, maestros y amigos y envidiábamos su posición.

Durante los años transcurridos había admirado su inteligencia, su irónica simpatía, trato franco y recto proceder. Poco habíamos hablado de religión, aun cuando lo advertía creyente profundo. Era respetuoso para las creencias de los demás y jamás le conocí un afán proselitista. Mucho hablamos de historia, del anhelo de conocimiento, de la pasión por el estudio. En esto fue también enormemente discreto, pues nunca desdeñó a nadie ni trató de mostrar su superioridad. Alguna vez me confió su anhelo de consagrarse por entero a la investigación, pues pese a sus sólidos estudios jurídicos no le complacía la labor de postulante. Amaba el saber que le permitía conocer mejor a los hombres, a los tiempos idos, a nuestro desarrollo histórico.

En 1946 partió a España y le tocó convivir con una generación de jóvenes que conmovidos por la Guerra Civil habían reafirmado su fe religiosa y se consagraban por entero al estudio y al servicio de los demás. Su amistad limpia y franca, su penetrante inteligencia y atinado y oportuno proselitismo, principalmente el de su amigo, el notable historiador Federico Suárez, le llevó a captar que la vida religiosa aunada a la actividad intelectual sería la solución plena y satisfactoria a su futuro.

En él no hubo, en tanto lo conocimos, una actitud de beatería, ni tampoco podíamos pensar que la suya fue una revelación súbita, inesperada que lo condujo a la adopción de un estado de vida que transformaría toda su existencia. Sabemos que la decisión tomada fue lenta y meditada, pero recia y firme. El año de 1951 recibió las órdenes sagradas y con ellas el inicio de una doble misión, la pastoral y la de investigador. En Navarra obtuvo el doctorado en derecho y a partir de entonces, en donde residiera, bien fuera en Boston, en la Universidad de Harvard, en donde fue el primer capellán católico y, posteriormente en México, consagróse al cuidado de las almas y de las mentes de numerosas generaciones.



En el estudio, conformando uno tras otro sendos libros, en los cursos y conferencias, macizos, rotundos, de auténtica aportación y al cuidado de vastos sectores de nuestra sociedad, principalmente estudiantes, realizó notable función formativa. Su serenidad y conocimientos le ganaron la confianza y el respeto de los estudiantes y de los profesionales más eminentes. Buen conocedor de la historia eclesiástica y apoyado en sólidos estudios jurídicos le permitieron dar a sus trabajos seriedad y profundidad. Deslindó sagazmente el trabajo histórico que fue siempre en él, riguroso y firme de todo afán proselitista. Sus artículos de juventud publicados en *Divulgación Histórica* a partir de 1941; *Fray Alonso de la Oliva*, *Don Francisco Gómez de Mendiola y Solórzano, tercer obispo de Nueva Galicia*, *Fray Pedro de Espinareda, inquisidor de Nueva Vizcaya*, y *Don Marcos de Torres y Rueda*, son serias semblanzas históricas, y no trabajos hagiográficos. En la lista de su producción sólo encontramos dos títulos reveladores de su actividad pastoral: *Pecado y penitencia* y la *Devoción a San José* devoción que le emparenta con aquel otro "sabio con aprobación de Dios" que fue Eguiara y Eguren. Mucho respeto tenía a las obras serias de devoción, pero no confundía el propósito de éstas con el de la labor histórica. Aún recuerdo, cómo con su fina ironía me comentaba al salir de un congreso de tres días, que en él habíamos escuchado cuatro trabajos históricos y treinta y seis sermones.

Respetuoso pero chispeante, franco y no espíritu beato, conductor de almas y de vocaciones, historiador respetado y respetable a la par que hombre de iglesia, fue un ser que supo cumplir su misión vital, enseñando con su ejemplo a los demás, mostrando cómo a través de la transmisión del conocimiento y de la amistad que es amor, debe realizarse una vida.

